

*Detrás y delante de los puentes*

Colección Narrativa

ESMERALDA BERBEL

*Detrás y delante de los puentes*



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Fotografía de Mai Oltra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Esmeralda Berbel  
© Editorial Comba, 2015  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-1-2  
Depósito Legal: B-3.400-2016

*A mi padre, que verá este libro desde el cielo,  
el puente más alto.*

*A mi madre, que en silencio me desveló la palabra.*

Hay un puente secreto, con una estofa blanca, con una espada.  
Hay un puente de cobre y de bejuco.

Hay un puente azul, de seis vías.

Hay un río que no tiene puente y que ningún navío puede atravesar y entonces el rey Bran se tiende de lado a lado en sus aguas para que su gente pase a través de él al otro lado del río.

Hay un puente, Sirat, delgado como un cabello, afilado como un sable.

Hay un puente en el que tardas cien años en pasar al otro lado.

Hay un puente que te precipita y te absorbe, es el puente de los siete arcos, de las siete líneas. De las siete apuestas.

Hay un puente de oro.

Hay un puente en la mañana, un sable, un rey, siete líneas, un cielo y una estofa.

Hay un puente azul, de oro blanco.

Hay una lanza y un bejuco.

Hay un río cuya memoria posee cien años y hay un puente que es mío.

Y que es tuyo.

# 1

Son las seis de la mañana. Camino hasta la parada del 43 que está al otro lado del río. No hay nadie en la parada. Llevo una bolsa de nailon en la que he metido una toalla, un peine, un pequeño bote de gel que sirve para el cuerpo y el pelo, un maillot de espuma y unas zapatillas negras.

Vivo con mis dos hermanos y mi madre, detrás del río. En un primer piso. Y dos calles atrás están los bloques de edificios que construyeron para los gitanos. Dos calles atrás y es otro barrio. Nosotros nunca nos mezclamos. Ellos sí, adelantan y están aquí, pasan cerca, pero no hay querellas ni miradas extrañas; al revés sí, si tú vas dos calles atrás... eso es distinto. Si yo cruzo esas dos calles sé que soy una intrusa. Es una distinción que los de aquí sabemos bien y nadie discute acerca de eso.

Son las seis de la mañana y estoy sola al final del puente. Mi madre me ha trenzado el pelo con tanta fuerza que aún siento sus dedos en los lados de mi cabeza. Llevo la raya al medio. Intento aflojar el cráneo pero aún me tira más. Procuero concentrarme en otra cosa. A veces, le digo a mi madre, el 43 tarda tanto que espero media hora y

me duelen los sabañones. Me piso los pies para aplacar el picor y me froto las manos como si quisiera entrar en calor pero no es por eso. Nadie más tiene sabañones. De hecho los conocen por mí y dicen: A mí eso no me pasaría nunca porque haría de todo para que no me pasara. A mí tampoco, dice la que está detrás de mi pupitre, tiene que haber algo que cure *eso*. Y miran mis manos. Que tengo en los pies no lo digo. Mi madre pone a hervir un montón de apio en una olla y me hace meter las manos. Eso se lo ha dicho un obrero: agua muy caliente con apio y luego agua fría. También la orina va bien. Pero eso no lo quiero hacer. Entonces mi madre me pone vaselina en las manos porque se lo ha dicho una clienta, la que fuma Fortuna mentolado. Y que no friegue tanto los platos, le dice. ¡Ya!, dice mi madre subiendo un hombro y una ceja. Hago todas esas cosas pero me quedo pensando en que a ellas no les pasaría nunca. Hay otras cosas que también me pasan y que a ellas no, pero éstas no se ven y no las digo.

Al final llega el 43. Pido un billete, es el mismo señor de siempre. Voy lejos, a un barrio donde no hay río ni bloques de pisos que los dividan, eso creo. Y eso me salva, por ahora. Los pasajeros van medio dormidos. Durante el camino alzo las manos de este río con légamo, ojos de pez y algas verdes. Ahí, donde la pierna mala de mi padre se incrustó como un bastón que mide la profundidad del barro. No me duermo. Leo a Miller y de vez en cuando miro por la ventana. A veces, el paisaje queda difuminado y parece que recorro a toda prisa este país que es mi barrio. Otras, la lentitud del tiempo me hace ver con precisión los otros bloques, altos como



una nostalgia y sucios por la contaminación que aquí, dicen, los de este lado, sufrimos.

Mi madre cree que mi recuerdo es siempre tan inexacto, que no fueron tres años los que pasé cruzando el río a esas horas. Me hace dudar. Pero después ella tampoco es exacta con las cosas que yo sí recuerdo con absoluta precisión. Dice que nunca me hizo trenzas porque al primer intento yo me ponía hecha una fiera. Bueno. Durante tres años he caminado tres veces por semana desde mi casa hasta el otro lado del puente, eso es una media hora. Y he esperado el 43. Miller, Anaïs, Bukowski y Kerouac. Leo *Los vagabundos del Dharma* como si me fuera la vida. Llevo en una bolsa de nailon el peine negro, la toalla de flores rosas y verdes, un pequeño bote que relleno con el bote grande de Heno de Pravia, y unas zapatillas de lona negra y el maillot. Es el maillot de Múnich. Ana ha ido a Múnich y ha traído cinco maillots. Yo me he quedado el azul de licra y ella el rojo. Cuando subo los brazos para hacer la vertical se ven las tres rayas blancas que van desde la cadera hasta la muñeca. Nadie había visto aquí un maillot así. Se lo he pagado con lo que gano de las propinas del bar. Lo próximo será unas zapatillas de piel blanca.

Después del gimnasio vamos a la granja que hay cerca de la calle Ríos Rosas. Armando me deja libros. Le digo a Ana que me gusta todo lo que me da menos este último. Díselo, dice. No me atrevo. Un día se lo digo: Bukowski no me gusta. Se ríe. Años más tarde volveré a leer *Factotum* y *El Pájaro azul* y me echaré a llorar. Por el poema y porque Armando ya no está. Todos los jueves, después del gimnasio, él, que me enseña la

vertical puente y el puente atrás, me dice: Ten, éste es distinto de todos. Y me da un nuevo libro.

Un día mi madre no quiere que vaya más a Barcelona, no por el gimnasio ni por Ana. Un poco por todo, dice. Y me apunta a un taller de costura que hay a la vuelta de mi casa. Hago patrones, meto la cabeza en el papel marrón, mido con la regla y el medidor amarillo, hago señales con la tiza azul, me pongo unos alfileres en la boca, cuento, sumo, borro, sí, voy a hacerme una falda. Al mismo tiempo, mi madre me regala una cosa que no sé ahora cómo se llama, para bordar. Bordo un caballo, un cactus y un sol. He avisado a Armando de que este mes no iré a las clases. Le enseño los patrones a mi madre y parece contenta hasta que Ana me llama para decirme que qué estoy haciendo. Le digo que Barcelona es muy lejos y como es invierno me da más pereza todo. Me pregunta si es verdad. No lo sé. Porque *la verdad* en algún lugar de mí siempre ha querido quedarse quieta, estar como un cromo en un álbum. Todo en su sitio. Aquí nosotros, delante el río, más allá el 43, detrás San Roque bordeando la línea que nos cruza y nos distingue. Ya está. Saberme intrusa dos calles atrás pero no intrusa del todo. Como en Barcelona, no una intrusa del todo. Una es de todos los sitios, le digo a mi madre. Calla, eh, calla. No lo sé, Ana. Pero Ana me dice algo extraño: Hay un libro en el que a una mujer le crece un nenúfar en el pulmón. Ah...

Salgo a las ocho de la tarde de mi clase de costura. Corto la tela de mi falda igual que barro con serrín las colillas, los paquetes de tabaco y los boletos que los hombres tiran en el suelo de mi bar. Igual. Lo hago

mirando lo que hay en el fondo del río: peces que no veo, algas azules y quizá un pulmón. Coso pensando que quiero ser un cromo, la niña quieta del cromo. Toda de colores. Y que quiero oler el heliotropo como lo hacen mis hermanos. Meter la nariz en el muro del río y viciarme de vainilla hasta el cuello. ¿Un nenúfar, dices? Sí. Ah... ¿Y qué?, le digo. Que tengo el libro.

¡Luego pagas tú el teléfono!, chillaba mi madre.

¡Ha llamado ella, mamá, no te pongas así!

Pero mi madre ya está sumida en otra cosa.

El heliotropo se ha metido en la escalera, en la baranda, y su perfume llega tenue hasta mi cuarto. Mis hermanos van hasta el río, se doblan y arrancan la planta. Yo también quiero que sea ése mi olor.

¿Qué quería Ana?, pregunta; pero ya está en otra cosa, lo veo.

Me lío con los centímetros. Lo único que me gusta es usar el tizón azul eléctrico. Y así, casi sin fuerza, me imagino con esta falda caminando hasta el 43 con mi bolsa, en la que ahora llevo el maillot de Múnich y veo a Ana subiéndome los brazos diciéndome: Mira que las rayas no estén torcidas.

Como no vas a venir, me dice, iré yo. Y viene un día de fiesta y se pone a lavar los platos y los vasos y las cucharillas y también quiere barrer ahora que ya se han ido todos. Barre y no comenta nada de los bloques de pisos ni de nada. Mi madre le dice que ella también estuvo en Barcelona al principio de llegar aquí, que estuvo en una casa hasta que... Como me sé la historia me retiro a la cocina.

Ahora que no tengo sabañones porque por fin he encontrado un remedio, meto mis manos normales en el agua del bar y voy fregando los platos que los hombres han dejado casi limpios pero igual hay que pasarles el jabón y el agua y el sonido de todo, y oigo a la vez la risa de Ana allá al otro lado, en mi mismo barrio y en mi mismo río, y sé que ha traído a escondidas el libro del nenúfar y la nieve.

Cuando Ana se va mi madre está de tan buen humor que nos deja abrir boletos. Dice: Si nos toca, te puedes comprar una moto y así no tienes que ir andando sola tan temprano que me da una cosa... y ahora que ya te has hecho la falda puedes dejar un tiempo la costura; lo de bordar no, eh, eso lo continuas. En eso quedamos.

Con los boletos y lo del bote pago el primer plazo de la Puck x-30 colorada.

Abro el bar, cojo la Puck, cierro el bar, saco la Puck colorada, la enchego y enfilo hacia el puente. El agua del légamo adquiere otra memoria. La chica va en moto. Tal vez mi padre desde el fondo de la tierra se aúpe. O tal vez los ojos de los peces, vigilantes, reflejen en el vidrio el color rojo de la Puck. Voy, hago gimnasia, voy al cole y vuelvo. Ayudo en el bar hasta que se hace de noche. Miro la espuma, la sangre, los días y el nenúfar que cubre los huecos sin pintar de mi baranda. Y por las noches sueño con un ramo grande de flores frescas que matan al nenúfar.

Abro de un golpe la persiana. Cojo la Puck colorada y enfilo el puente, voy en contra dirección y no me doy cuenta hasta que veo a un autobús de frente. No he

aprendido las señales. En mi bolsa llevo lo de siempre con los papeles de la moto. Armando me ha dejado un libro de un lobo. Leo.

Algún día me asomo al muro para arrancar con mis hermanos las hierbas que les gustan y los miro jugar a las canicas y veo los polines que sobresalen de los pantalones cortos. Los han cogido a hurtadillas, seguro. Los veo doblados con los pantalones cortos, cada vez más cortos. Eh, les digo, habéis crecido. Y se ríen. Son flacos, buenos, divertidos, se muerden a veces y se insultan y luego se abrazan. Se abrazan y muestran todas las canicas que tienen. Yo no sé por qué años más tarde pasarán todas esas cosas que no llegaré a comprender, pero ahora me doy cuenta de que ahí, en la baranda y en los ríos, ya nos empezaron a pasar. El olor de esas matas me perturbaba tanto que tenía que taparme la nariz y encerrarme en la habitación para que esa mezcla de cosas no viniera a recordarme que yo no era más que una niña que alguien había metido en un álbum. ¡Apaga la luz! Y la apagaba, porque del lobo estepario además no entendía nada y empezaba a marearme.

Un hombre se sienta a fumar Celtas con su barrecha en una mano; con la otra abre los boletos a una velocidad de vértigo. Otro se inclina para pedirme el tabaco rubio que guardamos debajo de la barra, detrás de unas libretas grandes, bien oculto. Eso y las Farias. Otro se inclina y me pregunta con un guiño si no hay trampa en los boletos. Otro, el cura, me coge la mano cuando voy a coger el dinero que deja en la barra y no me la suelta.

Yo no sé qué hacer con su mano blanda y pastosa, no sé qué decir, no tengo ni idea de por qué no me suelta la mano. Ya se lo he dicho a mi madre. ¡Qué voy a hacer yo si es un cura!, me dice. Pero hoy hago todo como una autómatas porque Ana me ha dicho que quiere invitarme a comer a su casa. Y voy con mi moto. La sigo a ella, que va en coche. Voy todo Balmes arriba hasta el final y luego rodeo otra calle y otra y me pierdo en un barrio silencioso. Subimos en ascensor hasta el ático. Su madre me mira y dice: ¡Qué cara de china tiene! Y me pregunta si hay algún oriental en mi familia. Entrecierra los ojos y le dice a Ana: Esta chica me iría bien para pintar.

¿Quieres? Te pagaría.

Pienso en mi primer trabajo mientras el río de mi infancia se desborda con tal fuerza que mi madre empieza a gritar y hay que cerrar las ventanas y poner mantas gruesas que no van a servir para nada. Mi hermano, asustado, me da todas las mantas de arriba y el pequeño, que no se entera de nada, empieza a chapotear en el agua como si nos hubiésemos despertado para celebrar una fiesta. Llueve durante días. El agua entra por las persianas del bar y ahoga el motor de la Puck.

Cuando cesa, la gente sale a recoger lo que aún flota. Seguro que cogen cosas que no son tuyas. ¿Quién puede ya encontrar lo suyo? Yo cojo a mis hermanos de la mano, ésa es la imagen más hermosa que recuerdo de esos años, los cojo y los llevo hasta la baranda del río y los tres miramos en silencio cómo el agua ha descendido hasta la tierra y se ha llevado en el descenso todo el peligro del mundo, y miramos el bastón de cerezo que alguien ha empuñado

con tanta fuerza que aún se ven los agujeros negros en el légamo. El pequeño dice que le gustó la lluvia, que nunca había visto el mar. Eso no es el mar, le dice el otro y le da ahí en el hueco que hay entre el final del pelo y el inicio de los hombros. No digo nada porque los tengo cogidos de la mano y no se sueltan ni cuando empiezan a pelearse y se dan con la otra mano o con el pie. Me da igual, estamos los tres al mismo lado de los puentes, mirando el agua que ha menguado y sintiendo cómo los hombres y las mujeres del barrio ayudan a nuestra madre a que el bar vuelva a abrirse, a que esté seco. Se llevan mi moto y me la traen al cabo de unos días.

El agua ha quitado la mugre de hace años y aunque nos ha dejado muertos de miedo hemos pensado en algo bueno: subir un muro. Cualquier otro día, dice mi madre, no lo contamos. Veremos el muro desde el bar. Y veré con mis hermanos las matas lilas de los heliotropos y las dos narices pegadas a la vainilla con tal fuerza que me obligará a recordar que ése es siempre el olor de aquí. Hago el esfuerzo de inclinarme, pero a pesar de todo mi esfuerzo en inclinarme no puedo evitar sentir una cierta molestia que me hace retirar la cara de este muro y de este suelo.

Dice, y en sus ojos está todo: Está bien que te traigas los libros y que estudies fuera, y que vayas al gimnasio, hasta ahí está bien, ¿lo entiendes? Y está bien que ganes algún dinero, pero ya está, lo otro es... Pero no acaba la frase porque está todo en sus ojos. Lo que no quiere es que me vaya todo un fin de semana. Si le pregunto por qué, dice que es porque ya está bien, ¿no?